

Versaciones de un chupaplumas

Regresando

[1]



no como integrante de uno de los grupos — formados como ya se dijo atendiendo las indicaciones que hiciese doña Isidora mientras, en una bandejita colocada sobre la mesa camilla, el señor Ramírez tomaba la merienda consistente en un vaso de



leche con galletas que su esposa le había servido y, su nuera... — sino, mentalmente, al cuerpo del texto del que de una manera tan irreflexiva me había ido apartando sin saber a qué serie de disparates podría mi imaginación tan poco ejercitada conducirme¹ y, en carne y hueso con las manos hundidas en los bolsillos de mi abrigo y la carpeta con los folios bajo el brazo, a mi casa aquella noche, caminando tranquilamente y sin más planes que mirar un poco la televisión tratando de olvidar por qué Sonia, la nuera, que en el entretanto se había ausentado unos momentos para atender el teléfono que sonaba insistente en la habitación contigua regresó, instantes después, algo demudada y levemente temblorosa.

Pero mis planes se vieron alterados cuando al salir del ascensor y buscando ya las llaves en mis bolsillos oí una voz alertando de “ya es hora de ir echando la cortina”; reparé entonces con profundo disgusto, aunque sin perder la compostura, en mi tía sentada tranquilamente en la escalera con Indalecio a su lado.

— ¡Vaya, al fin has llegado! — *dijo*, le contaría posteriormente a mi amigo, *poniéndose de pie con una agilidad impropia de una mujer de su edad*.

— ¿No podría esa frase — él — ser un poco menos estereotipada?

— Bueno — argumenté —, mi tía no era, es decir *no es*, ningún dechado de ingenio capaz de descolgarse con ninguna originalidad...

¹ Motivo por el cual me pareció prudente el eludir, al menos de momento, cuáles pudieran estar siendo las causas del cambio repentino en la actitud de una criatura que, tan desconcertante como me había resultado desde un primer momento Sonia, era seguramente muy capaz de sorprenderme con una de sus salidas características que yo quizás no iba a saber ni controlar ni resolver.

Versaciones de un chupaplumas

Regresando

[2]

– Me estoy refiriendo — me cortó en tono seco — a esa forma de ponerse de pie; las ancianas que se mueven con agilidad tan impropia de su edad suelen ser unas viejecitas encantadoras...

– Mi tía no es para nada encantadora.

– Encantadoras, pero — continuó, sin prestar la menor atención a mis protestas — bastante vivarachas y absorbentes; simpáticas, desde luego, pero...

– Mi tía, te lo termino de decir, no es en absoluto simpática.

– Pero — volvió él a continuar, otra vez sin prestar atención a mis protestas —, por lo general, autoritarias y no poco locuaces además de enormemente entrometidas y tan convencidas de que sus sobrinos son pobres ovejillas descarriadas que suelen, salvo casos muy excepcionales, no sólo colocarles correctamente la corbata antes de salir de casa y advertirles de que se abriguen en invierno y de que no tomen bebidas demasiado frías en verano sino, y eso sí que sería fatal para ti y para la misión que los hados del destino te tienen reservada, prodigarles toda suerte de consejos encaminados a ser hombres de provecho...

– Mi tía — traté de explicarle, aprovechando que con motivo de encender un cigarrillo hizo un alto en lo que podía muy bien ser la semblanza de una tía, sí, pero no desde luego de la mía — es muy desabrida, nada cariñosa y, eso te lo puedo asegurar, la trae totalmente sin cuidado el nudo de mi corbata y si cojo o no cojo frío.

– ¿Estás seguro? — Mirándome mi amigo con desconfianza.

– Y tan seguro. Además, y si me hubieses dejado terminar te lo habría contado desde el principio, ella no venía, es decir *iba*, para instalarse sino para pedirme que me quedase con Indalecio por unos días...

– ¿Sólo?

– No; conmigo... ¿No te lo estoy diciendo?

– Lo que quiero decir — él — es que si a continuación se marcharía.

– ¡Pues claro! Ella es una de esas viudas independientes, de carácter tirando a difícil, que les gusta vivir solas, a su aire y sin que nadie las mangonee y, tan sumamente maniáticas, que detestan tener a nadie a su alrededor cambiándoles las medicinas de sitio...

– O sea, que no tiene muy buena salud, por lo que veo.

– Hombre, tampoco es a decir verdad que la tenga muy mala pero sí...

– Pero sí lo suficiente para tener un poco de colesterol, ¿no es cierto?

– Sí, claro; ya te he dicho que es una señora muy corriente...

– Y la tensión un poco alta...

Versaciones de un chupaplumas

Regresando

[3]

- Pues como todas las señoras de su edad, supongo...
 - ¿Cabe suponer, asimismo y, por tanto, que atendiendo a una caracterología tan común debe también tener artrosis o reuma?
 - Es muy posible — concedo.
 - Pues si es tan posible haz, por favor y para evitar equívocos que no van a ser de utilidad ninguna habida cuenta de que su paso por nuestra historia va a ser muy fugaz...
 - No tan fugaz, y perdona — que no quiero que mi amigo se crea que las cosas van a ser tan sencillas, y que no voy a tener que (además de quedarme sin ver Los cañones de Navarone en la televisión) estar un rato atendiéndola, y hablando con ella y escuchando sus indicaciones acerca de cómo he de proceder con respecto a Indalecio...
 - ¿Es que no puede Indalecio explicarse por sí mismo?
 - Oh, seguro que podría; mi tía sostiene que es sumamente inteligente, aunque, por alguna razón que desconozco, no suele extenderse en explicaciones y se limita, de forma que yo calificaría de obsesiva, a repetir lo de la cortina...
 - ¿Lo de la cortina?
 - Sí. Pero ella me advirtió de que no debía quejarme porque, me dijo “o eso o el Orlando furioso” que, por lo visto y aunque no quise arriesgarme a comprobarlo tan tarde como era y tanto sueño que tenía, se lo sabe entero.
 - Ya entiendo — dijo mi amigo.
 - ¿De veras?
 - ¡Por supuesto que sí! — Exclamó.
- Y que cómo no entender, dijo, que no habiendo podido entre unas cosas y otras ver la televisión me resultase imposible llevar adelante mis planes de olvidar el porqué del comportamiento tan desconcertante de Sonia.
- ¡Pero yo no he pretendido decir eso! — Protesté, alarmado.
 - Pues es exactamente lo que has dicho — y recitó —: *planes que mirar un poco la televisión tratando de olvidar por qué Sonia, la nuera, que en el entretanto se había ausentado unos momentos para atender el teléfono que sonaba insistente en la habitación contigua regresó, instantes después, algo demudada y levemente temblorosa.*
- Pero que no me tenía que preocupar, que soy lo bastante imaginativo como para que, antes o después, se me terminara ocurriendo, *ya lo verás, no te pongas nervioso y aprende a esperar*, una forma inteligente de justificarlo.